

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Año II. Murcia 20 de Junio de 1889. Núm. 51

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, a precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

Fonda Universal

Situada: plaza de S. Bartolomé
bajo la direccion de
DON FELIX CABEZOS

Este acreditado establecimien-
to montado al estilo de los de Ma-
drid, está siendo cada día más
favorecido por el público, merced
a la actividad y celo que despliega
su propietario D. Felix Cabezos, a
quien secunda su servidumbre y
el entendido jefe de cocina que pro-
cura ofrecer a los viajeros esquisi-
tos manjares confeccionados con
especial limpieza y novedad.

Peluqueria Española

DE
ANTONIO TAURON.
Plaza de San Bartolomé

En este antiguo y acreditado es-
tablecimiento, se sirve con todos los
adelantos del día.

Sellos de Caouchout

PRECIOS SIN COMPETENCIA

*Unica representacion en
Murcia de la primitiva y
mas perfeccionada fábrica
en España.*

PLATERIA, 54.

La Juventud Literaria.

NECESIDADES.

La necesidad es la madre de la
inventiva. Es mas, el motor que
impulsa a la humanidad. Mas aun,
la vida del trabajo.

El hombre en su estado de gracia,
vivía en el Paraíso completamente

feliz y libre de necesidades. Pero, y
la vergüenza de su desnudez, le
sugirió la idea de cubrir sus
carnes con unas hojas de higuera.
Hé aquí su primera necesidad, la
primera invención, el primer tra-
bajo. Pero las hojas de higuera, si
bien cubrían su vergüenza, no li-
braban su desnudo cuerpo de los
rigores de los elementos, y en esta
nueva necesidad, se vió precisado a
verter la sangre de los animales
para abrigarse con sus pieles; pero
esto no le bastaba: dió otro día un
paso mas en la senda del progreso a
que la necesidad impelia, y tejiendo
la lana de las pieles, dió por resul-
tado la tela; la tela hizo necesario
el sastre completó la obra haciendo
el vestido. Otro tanto sucedióle res-
pecto a sus demás necesidades.

Porque el hombre, cuando mas
avanzaba por el camino de la per-
fección, cuando mas iba alejándose
de su primitivo estado, mas necesi-
dades sentía; de modo que sustituyó
su rústica y fragil choza de troncos
y fango, por la sólida casa de canto,
que, andando el tiempo, habia de
convertir en palacio; sus groseras
armas de piedra, por otras mas
perfeccionadas hechas del hierro de
las entrañas de la tierra; sus fruga-
les alimentos, por otros mas abun-
dantes y mejor condimentados. De
aquí el origen de las artes. Hi-
zo mas el hombre.

Unió a sus hijos con sus hijas y
creó la familia, base de la sociedad;
repartió la tierra entre ellos y es-
parecidos éstos por esta, establecie-
ron las tribus, cuna de los pueblos;
la precision de vivir todos al ompa-
ro de una equitativa justicia, obligó-
les a someterse a determinadas re-
glas, origen de las leyes.

Es decir, que la necesidad fundó
la familia, creó las nacionalidades y
estableció los códigos. Mas claro: la
necesidad lo creó todo.

El hombre primitivo, el hombre
de la naturaleza, el hombre salvaje,
tiene muy pocas necesidades, las
indispensables para la existencia.
En cambio el hombre de la civiliza-
cion tiene muchas que, a primera
vista, parecen superfluas, pero que
le son indispensables a su modo de
ser, por aquello de que la costumbre
es una segunda naturaleza.

Es innegable que la existencia
impone al hombre necesidades ine-
ludibles, pero tambien lo es, que
éste se crea algunas de las que faci-
lmente podria prescindir. Diógenes,
el único filósofo de la antigüedad,
tenia muy pocas; un tonel por al-
bergue y una escudilla por vaso. No
obstante de esto, se escandalizó de
sí mismo viendo beber agua a un
niño en el hueco de la mano; y
arrojando su escudilla al rio, dijo:
La niñez me enseña a despreciar lo
superfluo.

No sabemos si haria lo mismo
con el tonel, no pudiendo llenarlo de
verdaderos amigos.

Entre el hombre salvaje que sa-
tisface sus precisas necesidades con
una choza de arbustos, un traje de
pieles y una lanza de piedra, y el
sibarita que mora en un artístico
palacio, viste con todo el refinamien-
to del lujo y se entrega por placer a
la caza, armado de una ligera esco-
peta con incrustaciones de plata,
media un abismo. Este abismo lo
llena la civilización.

Generalmente no es mas rico el
que posee mas dinero, sino el que
tiene menos necesidades.

Por eso hay ricos «pobres», que
no los bastan sus cuantiosas rentas
para hacer frente a todos sus com-
promisos, como hay pobres «ricos»,
que viven tranquilamente sin ningun-
a clase de deseos.

Verdad es que hay tambien ricos
que viven en la miseria presas de la
mas sordida avaricia y pobres que

